

Tres instantes «Na Raia»

Acababa de posarse la noche sobre el monte cuando aconteció el asombro. Hace ya dos, si no tres años, y aún no lo ha apagado el velo del olvido. Habíamos gastado la tarde lambudeando naderías por los empedrados de Penamacor. Ora un café «sem rival» oteando la campiña, ora una «cerveja» en el recoleto parque. Al aire de la tarde dulzona yo, de soslayo, buscaba en no sé qué tiempo antañón algún indicio del galope apresurado de Víctor de Simental, aquel centauro ibérico que atormentó «La Raya» en los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Dice doña María Adelaide Neto, profesora de Castelo Branco, que Simental, o «Semental», hizo sociedad levantisca con otro proscrito de mala catadura: Florencio Mata; y que temiendo el orden una nueva alianza, esta vez con el carlista Montejo, los acosaron fuerzas regulares y les dieron fuego y plomo gentes de ley de uno y otro lado. ¿Qué asombro decía? Sí. Que volvíamos hacia Valverde y aún allá, en aquel lado, al salir de una curva, las luces del auto nos pusieron ante los ojos, de frente y fantasmagórica, la grotesca figura de un desastrado gallofero cubierto de pellejos y andrajos. ¿Una carantoña nocturna en «A Raia»? Todo es posible. No fue una visión de mi mente imaginaria: los demás también lo vieron.

Como vimos, veíamos llegar antaño sobre el légamo del río los bandos de sabaletas que venían al desove de marzo. Peces de plata de la mar oceana que nos robó el progreso: aquellos albures y congrios que cruzaban Portugal por el río de la vida y pasaban La Raya. Vila Velha de Rodão, Malpica, Rosmanihal, Alcántara arriba, Callejones del Río... ya no veíamos nada, ni ellos los muertos bogantes del trance de

guerra que a veces, tan solos, aparecían en sus riberas antes de dar en la mar amarga. La vida llegaba por el río y por el río se iba la muerte cruzando «A Raia».

Y por fin, como aquellas tardes de cruce en que llegados al terrazguero de los álamos pasábamos a pie el Erjas, vuelto su cauce mero regato por mor del estiaje. De piedra en piedra, a saltos, alcanzábamos las callejas de Monfortinho, comprábamos café, pólvora blanca, munición, tomábamos un «copo de cerveza» y volvíamos hasta la rivera para cruzarla cargados de bolsas, a sabiendas que desde su atalaya de centinela el guardia civil permisivo no daba importancia a mercadeo de tan poca monta. Todas aquellas tardes de amplia y extensa geografía solitaria; y entre ellas una en que, sentados en la «pensao» aliviando la sed con una de Sagres, me fijé en un muchacho lector que se embecía con un libro. Le requerí el título: *A balsa de pedra*, y desde entonces apareció en nuestros anaqueles José Saramago nada menos; y tras él Pessoa, Mario de Sa Carneiro, los clásicos Antero de Quental, Eça de Queiroz... «La Raya» nos puso en camino de la gran literatura lusa, tan ignorada aún en este lado de esos montes o esos ríos que no han impedido nunca un tráfigo insoslayable, acaso nocturno, muchas veces perseguido. Un ir y venir de andar por casa cuando no había apenas mensajes institucionales, esos que ahora, ya era hora, se envían los de arriba, los que llevan las riendas en la Beira Baixa, el Alentejo y Extremadura... Lusitania, Vetonia, Iberia.

SALVADOR CALVO MUÑOZ

Cerro Milano

En los altos pinos de la umbría moran los cuervos que cada albor pasan crascitando hacia el extenso llano del Norte. Apenas, allá en el abra de Casas de Millán parece asomarse, taimado, un tenue grupo de nubes blanquecinas, tímidas e inofensivas.

Recién, una rastrojera ha ardido y la mancha oscura del quemado se destaca en el lienzo refulgente. Desplazo lento hacia la izquierda la cruz del visor y descanso en el puerto contiguo: la Marmionda. Si avanzo, la lontananza se me desdibuja, y alcanzo, apenas, algún blancor de no sé qué origen y la silueta cónica de Las Cortes. Me vengo a mi pesar a la inmediata geografía de la ansiedad evidente. Ahora, como si hubiese oído mi lamento, el cuco de la espesura de Acedo deja oír sus notas cadenciosas y de una imprecisa copa de la iluminada umbría llega el tierno arrullo de la tórtola.

Perodosma y Nateras: heridilla del Guadiloba que casi no se dibuja en el llano. Cuando llega el sol al cenit de Cerro Milano abro, de una vez, la compuerta del dolor que, como una llaga creciente, me va dejando el alma anegada en sangre viva.

La mañana fúlgida va apagando en resplandor la anchura. Apenas distingo ya la llaneza de Arrogatos y Santa Marta. A ratos el dolor del sentimiento se alivia, calma y cesa: la golondrina trina desde el cable de la luz; insiste el cuco canoro y resueltamente me sosiega la ternura de la tórtola invisible.

¡Estos bálsamos del monte!

Hay quien se reboza en el sentimiento trágico a la luz del neón.
Tendría que allegarse aquí para mirar la anchura desde el alto bauprés
de Cerro Milano.

SALVADOR CALVO MUÑOZ

CERRO MILANO

Poemas

Un canto de esperanza

*No se ablanda mi canto
al mediodía. Rodeado de aves
fugaces, de abriles en fuga
y tenues mayos en flor.*

*No se ablanda a tu lado, no,
sólo se torna sublime, adusto,
convierte sus versos en mágicas garras:
mi estremecido canto de esperanza.*

*Como tampoco se ablanda mi fe
en las cosas, los seres, los hombres,
mi fe embriagada,
mi verdad nutricia entre lo velado
de la noche, en tabernas repentinas
donde tampoco mi canto se ablanda,
sino que se muestra primigenio, anhelante
desenfreno, sinrazón gimiente,
al brotar de lo profundo mi cosecha feraz
como un manantial de palabras:
materia, forma y sueño,
mi pequeño canto de esperanza.*

ROBERTO PÁDOVA